

LIBROS

En torno a Thomas Mann

Ahora podemos leer *Los orígenes del doctor Faustus*, de Thomas Mann (1), publicado en 1949. Se trata, nos parece, de un libro fundamental en la extensa bibliografía de Mann: cincuenta años escribiendo o, si se prefiere, cincuenta años de mañanas ordenadas solitarias apacibles (aparentemente), dedicadas a una obra narrativa singular y, sobre todo, al diagnóstico secreto de un tiempo de crisis. Mann, testigo de Europa, levanta el informe de un hombre abandonado "en la montaña de su corazón". En esas mañanas dedicadas a la escritura, liberado de preocupaciones domésticas por su Katja Prigshein, esposa hada millonaria, rodeado de incendios y suicidios (sus hermanas Julla y Carla, su hijo Klaus), contemplando la cabeza de Goethe o "un anillo con una piedra clara", Thomas Mann ilustra un vasto universo subterráneo presidido por el orden y lo demoníaco.

Fuertemente unido a un mundo que se derrumbaba, Mann contempla con horror la caída de sus antepasados y tras abandonar el presente busca los primeros actos de la Humanidad en una monumental serie novelística: *José y sus hermanos*. Pero su verdadero testamento es el *Doctor Faustus*, su última novela. La figura central, Adrián Leverkühn, es Alemania devorada por el mal, el artista desolado por la sífilis, que, al pactar con el demonio, hace posible el cumplimiento de la "tarea": "el enfrentamiento con lo mítico — escribe Mann— es la gran tarea, la tarea escogida por los grandes escritores. El público lo ve sin entenderlo".

Los orígenes del doctor Faustus está formado por las notas y



Thomas Mann.

las reflexiones de Mann, mientras se preparaba y escribía su última novela. Constituye un documento inmediato, caliente para la comprensión del narrador alemán. Vemos cómo se escribe el texto y, sobre todo, cómo se sufre por el texto. Mann pertenecía al grupo de los escritores que viven su vocación (y, por lo tanto, su trabajo) religiosamente, dentro de una mística al modo, por ejemplo, de Flaubert. La "cosa", como nos dice Mann, es decir, la obra pensada, anotada, soñada, infinitamente corregida y documentada, tiene que seguir, pese a Hitler, su hermano Henrich (el drama de la separación y el dolor), la barbarie, el cansancio y el exilio. El libro recrea tres motivos constantes en Mann. Motivos o demonios, es igual. Pienso que son: a) la lucha por la perfección del artista como verdad absoluta; b) la lucha con su propio tiempo y con el destino de Alemania y, por último, un elemento delicado, humano en su tratamiento: la lucha de Mann contra su propia muerte, su salud quebrantada, sus nervios destrozados por el paso de los años turbios.

El primer motivo incide sobre un aspecto de Mann muy conocido, pero siempre sorprendente. Es la minuciosidad como salvación: todo es fango menos el artista escrupuloso. La obra de Mann presupone una cultura, una sabiduría, una operación de lectura casi increíble: Egipto, Historia, religiones, mitos, lenguas, Medicina y, sobre todo, la música. Se tendrían que analizar las relaciones de la música con Thomas Mann, su sentido

musical del tiempo y de la estructura narrativa. Por reproche a Goethe, Mann convierte en músico a Leverkühn. En *Los orígenes...* Mann nos relata su proceso de documentación musical para el *Doctor Faustus*. Sus largas conversaciones con Adorno y Schönberg son apasionantes. Mientras esto ocurre, 1943, Lübeck —el mito de la infancia, las raíces— es arrasada por las bombas y la casa de los Buddenbrooks desaparece. Alemania enfila la recta final. Las exquisitas veladas con Strawinski, Adorno y Schönberg son cortadas por el compromiso de su famosas emisiones radiofónicas con destino a Alemania. Vemos bien la polémica y el sufrimiento, la división entre las dos realidades del escritor. Mientras tanto, el novelista está a punto de morir, curiosamente, del mismo mal que describió años antes en su *Montaña mágica*. Anciano ya, Mann acepta una intervención delicada para seguir con la "cosa", es decir: con el trabajo de su *Doctor Faustus*, ese gran testamento que ofrece a los hombres, ahora enriquecido por este diario comentado, que ratifica con amargura la soledad de un escritor europeo. ■ JULIO M. DE LA ROSA.

El humanismo marxista de Ana Seghers

Siete prisioneros logran fugarse, en el otoño de 1937, del campo de concentración nazi de Westhofen. Inmediatamente dará comienzo una caza del hombre. Cinco de los seis evadidos caerán de nuevo en manos de los SA; un sexto morirá durante la huida y sólo uno alcanzará, por fin, la frontera y la libertad.

La séptima cruz, palo de tortura que le estaba destinado, acabará reducida a leña, y su fuego avivará las esperanzas de los compañeros que aguardan en los barracones. La anécdota, como se ve, no puede ser más simple; sin embargo, historias simples han dado pie a grandes novelas, y la de Ana Seghers (1) no es una excepción.

Está, en primer lugar, el aliento épico que anima a este relato de la resistencia antifas-

cista; está la comunión íntima y apasionada de la autora con un paisaje, el limitado por Maguncia, Worms y Frankfurt, que la Seghers conocía como la propia palma de la mano, pues allí transcurrió su infancia. Un paisaje, ahora bien, que nada sería sin los hombres que lo habitan y le dan significado; sin esos hombres que han sido una y otra vez testigos de cómo una guerra empalmaba con la siguiente, de cómo aún no se habían apagado los cañonazos de una batalla cuando ya comenzaban a escucharse los de otra nueva.

Hombres que han logrado sobrevivir a toda suerte de avatares y desgracias históricas y que también de una manera u otra lograrán superar esta nueva tiranía, la nacionalsocialista. Y lo harán gracias precisamente al sacrificio de unos militantes que, destacándose de un fondo general de cobardía y de miedo, encarnarán esa voluntad de supervivencia capaz de arrastrar todos los obstáculos en el camino hacia la liberación, que será la de toda la colectivi-



Ana Seghers.

dad. Uno de esos hombres singulares es Georg Heisler, el séptimo de los fugados, el único que conseguirá romper el cerco de sus perseguidores, y cuyo éxito va a representar para quienes quedaron detrás la certeza de la victoria final sobre el fascismo.

En el seno de un Estado policiaco en el que la indignidad y la traición son tales que incluso los parientes de los evadidos participan en esa caza humana, cobra toda su grandeza la resistencia de los militantes comunistas ante las peores torturas y su fe última en lo que, connotaciones religiosas aparte, podría-

(1) "La séptima cruz". Akal Editor, 1976. Traducción de Birgit Heinke.

(1) *Los orígenes del doctor Faustus*. La novela de una novela. Alianza Tres. Alianza Editorial. Madrid, 1976. 162 páginas.

mos llamar —así lo llama la Seghers— el "reducto inexpugnable" del hombre.

Pero es que incluso dejando a un lado inevitables consideraciones de tipo metafísico, la obra de Ana Seghers resulta apasionante desde el punto de vista del puro relato. Y esto no sólo por la calidad de su prosa, sino también por la intensidad extraordinaria del ritmo narrativo, conseguida gracias a una continua oscilación, perfectamente estructurada, entre los diversos destinos individuales que configuran ese fresco de la resistencia y a los que la fuga del personaje central ilumina o ensombrece alternativamente.

Libro, pues, excelente en todos los sentidos el de Ana Seghers, autora también de "La revuelta de los pescadores de Santa Bárbara" (1928) y "Los muertos permanecen jóvenes" (1949), primer volumen este último de una trilogía dedicada a la República Democrática Alemana, de cuya literatura acaso sea ella la más caracterizada representante.

Para terminar, sólo unos datos escuetos que permitan situar a Ana Seghers en el espacio y en el tiempo: nacida en 1900 en Maguncia, con el nombre de Netty Reiling —el de Seghers es sólo un pseudónimo—, militante desde los veintiocho años en el Partido Comunista Alemán y en la Liga de escritores proletario-revolucionarios; emigrada a París en 1933 y más tarde, tras la ocupación, a Méjico, país que abandonaría en 1947 para establecerse en Berlín oriental; presidente de la Unión de Escritores Alemanes de la RDA desde 1952, y en dos ocasiones Premio Nacional de Literatura de ese país, Ana Seghers fallecería recientemente en la ciudad por ella elegida como residencia definitiva. ■ JOAQUIN RABAGO.

Bakunin-Marx

Una fecha cualquiera del invierno de 1864. Dos hombres ya maduros, con el cansancio y la fatiga que conllevan largos años de lucha y acción revolucionaria, se reúnen en una casa enclavada en un sórdido suburbio londinense. Una taza de té es el elemento que aglutina su conversación; eslavo uno, germano el otro, su pensamiento político ha marcado un hito fundamen-

tal en la Historia. Maurice Cranston, autor del libro que nos ocupa (1), imaginó el diálogo que pudo desarrollarse el día en que coincidieron Carlos Marx y Miguel Bakunin en la casa que por aquel entonces este último ocupaba. Los puntos esenciales del pensamiento sociopolítico de ambos personajes quedan expuestos a lo largo de las páginas de este libro, así como las divergencias ideológicas existentes. La presente edición ofrece al lec-



Bakunin.

considera que el motor de la subversión contra el poder capitalista radica en el campesinado y en los millones de desheredados que ocupan las más bajas esferas de la pirámide social. Cuando Marx habla de que la democracia falla porque las instituciones políticas están siempre manipuladas por el poder financiero de la burguesía, Bakunin opina que Estado y democracia son incompatibles, en tanto que el Estado es para él la



Marx.

tor español la posibilidad de adentrarse en esta polémica, cuya publicación constituye un atractivo modo de ahondar en las dos tendencias que Bakunin y Marx representan.

Frente a la idea propugnada por Marx de que la clase trabajadora debe organizarse para conquistar el Estado, Bakunin opone la necesidad de canalizar la fuerza de la masa hacia la destrucción del Estado, de las instituciones y de cuantas leyes hayan sido elaboradas por el hombre para imponerlas por la fuerza a otro hombre. El principio de autoridad, imprescindible para organizar y regular una sociedad socialista, según Marx, es rechazado por Bakunin, quien considera una aberración el establecer órdenes jerárquicos en cualquier aspecto. Mientras Marx opina que la revolución del proletariado surgirá de la toma de conciencia por parte de los trabajadores de países altamente industrializados, Bakunin

(1) "Un debate imaginario entre Carlos Marx y Miguel Bakunin". Maurice Cranston. Barcelona, 1976; Turquest Editor.

representación de la autoridad, del dominio, de la fuerza y, por tanto, de la desigualdad. Como alternativa a la fuerza bruta presenta la alternativa de la educación; pero no de una educación dirigida y manipulada por una minoría, sino de una autoeducación por parte de la sociedad encaminada a potenciar al máximo las capacidades que todo individuo posee. En cuanto a la organización del trabajo, Bakunin esgrime el argumento de que el pueblo debe federarse libre y espontáneamente, idea que es rebatida por Marx como utópica e inoperante. El desdén que Bakunin manifiesta ante la palabra "política" escuece profundamente a Marx, quien cede a la tentación de equiparar anarquismo con caos, mientras Bakunin contraataca tildando de simple a aquel que suponga que la ausencia de gobierno es sinónimo de desorden absoluto. Bakunin critica con dureza el socialismo de Marx, considerándolo autoritario; según él, la supuesta sociedad sin clases por la que Marx aboga no es más que una ilusión óptica, dado que

siempre que existan dirigentes, habrá dirigidos.

Un siglo después de su muerte, Miguel Bakunin, cuyas ideas enraizaron profundamente en el movimiento anarquista español de 1872, continúa siendo un personaje a caballo entre el misterio y la anécdota bufa; la escasa, incompleta y no siempre fiable bibliografía existente es la causa fundamental de este desconocimiento; no obstante, la idea de una sociedad anarquista, donde el Estado paternalista sea reemplazado por la libre organización de productores, donde las peculiares características culturales de los regionalismos adquieran plena relevancia, donde los dioses divinos y humanos sean barridos por la fe del hombre en el hombre, no deja de ser una alternativa muy sugerente de cara a la situación actual; si el debate construido por Cranston en 1962 sirve para estimular el estudio de los conceptos anarquistas y marxistas de la vida, analizándolos, comparándolos y adaptando el resultado de tal reflexión a la realidad objetiva, su publicación podrá ser considerada como algo muy positivo. ■ MARY SOL OLBA.

La España de Miret

Un Estado socialista "humano y humanizante" es la meta que Enrique Miret Magdalena propugna para España. Un Estado "que, con mano firme, reestructure a fondo las instituciones todas del país, en esta línea de cooperación, mucho más que en la línea de una suma de egoísmos individuales. La iniciativa personal es necesaria, pero donde mejor puede desarrollarse es en un clima de cooperación y liberación de todos".

Miret no es un cura, ni tampoco un hereje. Antonio Aradillas señala en el prólogo al último libro de Miret ("España: destino socialismo", Sedmay) esas dos posturas en que se le resaca. Es el adelantado del Concilio Vaticano II o el hereje disfrazado. No es lo segundo, y es más que lo primero. Porque fue adelantado del Concilio y de otras cosas. Desde luego, pocas personas pueden presentar el impresionante "currículum" se-glar de Enrique Miret. Lo que ocurre es que él no ha sido nun-